

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Precio de suscripción.

Un año.....	6,00 pesetas
Número suelto.....	0,06
Pago adelantado.	

Punto de suscripción y venta.
 Toledo: D. Elijas Galán, Comercio, 62
 Madrid: Kiosco de El Debate, frente a las Calatravas

Anuncios económicos.

Los que resucitan.

El socialismo es la religión de los perezosos, de todos aquellos que esperan la redención por el trabajo de los demás. Es cómodo pensar que el Estado se encargará de alimentarnos y rodearnos de comodidades; pero es de temer que la bandeja del presupuesto no pueda contener raciones para todos.

La asociación, ese remedio general de los males sociales, no es eficaz para curarlos, cuando el espíritu de sacrificio, cuando el esfuerzo personal falta ó es insuficiente para producir las corrientes energéticas de ese magnetismo humano que mueve la colectividad en la orientación marcada por una cabeza pensadora.

El individualismo es el criterio de los energicos, de los fuertes de espíritu. Para ellos, el Estado es un mal necesario, mejor. Las sociedades particulares, que el individuo pueda hacer el individuo, lo hace la familia, la asociación particular, el municipio ó la provincia; el Estado es el último recurso para todo aquello en que el bien público no puede desarrollarse sin la unión de los esfuerzos de todos.

La resurrección económica como la moral, ha de ser principalmente individual: llenos de ejemplos están las páginas de la vida. Los pueblos no avanzan en el respeto al derecho, en la bondad de sus costumbres, sino por el ejemplo de individuos superiores que sirven de modelo á las muchedumbres, que conocen la ley pero que no la practican sin un gran estímulo, el de imitación á lo superior, á lo más perfecto.

La división de trabajo en la industria es el secreto de la producción, los esfuerzos reunidos de los especialistas en un ramo del saber, hacen avanzar rápidamente la ciencia, individualicemos la labor, cada uno para lo que más sirva y unamos el esfuerzo. La unidad en la variedad es belleza, es orden, es fuerza y es progreso. Es la resurrección que mata al egoísmo produciendo la vida en las ruinas de la muerte.

MADRID

La vieja tocata.

Confieso, y perdóneme la franqueza los que sientan de otro modo—que á mí no me dan frío ni calor los daños y quebrantos del régimen. Cuando veo que se echan sobre él por el lado de la derecha ó de la izquierda radical, pareceme que lo que las lenguas ó las plumas tratan de herir y á veces lo consiguen, es algo pedazito, extraño, contrario al espíritu nacional, y no me inquieta, que como á Sancho, en la venta lo manteeen, ni que como á D. Quijote, en el bosque los yanqueases lo mueban á palos. Creo yo que sin parlamentarismo se puede vivir, y aun me permito creer,

como si lo viera, que viviríamos mejor sin parlamentarismo.

Empero para los radicales de la izquierda, la razón principal, casi única, de su enemiga al régimen, es la monarquía, porque entienden que esta forma de gobierno es esencialmente conservadora, y que á su pesar se avanza y que por su gusto no se daría un paso en el sentido de las reformas anticlericales, toma constante de todas las sollowas que habla ó escribe el morrionesco liberalismo español. Y á la prueba ha sido de excepción contra las órdenes religiosas? ¿No se impone la emulación que ellos llaman sin Dios, por no atreverse á decir contra Dios en las escuelas? ¿No se va derechamente á la separación de la Iglesia y del Estado, con el sentido expoliador anticlerical de Francia y Portugal? Pues si no se hace eso, es por una razón, porque hay monarquía, porque de otro modo, con que lo pidiereun los republicanos, y en suma, los naturales enemigos de la Iglesia, que andan ya muy cerca de ser también, los de la Patria, bastaría y sobraría para que en un periquete se consumaran esos progresos.

La Real orden de D. Antonio González, á quien Dios haya perdonado, aquel Ministro de la Gobernación, que quiso por un Real decreto hacer aquí lo que se había hecho en Francia después de veinte años de República, y de haber ofrecido el espectáculo de las más extremas divisiones los católicos y monárquicos franceses, dicen: «Aquel Decreto no pudo cumplirse por no consentirlo el régimen, como más tarde y por la misma razón tampoco pudo cumplirse la Real orden de Románones sobre el matrimonio civil.

Lo que no dicen, por voluntario ó involuntario olvido, es que de los tales decreto y orden, aquél fué anulado por un gabinete liberal del que formaban parte Moret y Canalejas, y ésta por un gobierno conservador, pero con una circunstancia digna de ser recordada; que liberales, demócratas y republicanos discutieron cuanto había que discutir y censuraron cuanto había que censurar, y hasta lo que no era consumable en los conservadores, excepción hecha de la expresada Real orden, afirmando todos con este unánime silencio que estaba bien derogada.

Estaba bien derogada esa Real orden, como perfectamente anulado el otro decreto, y fué necesario derogar la primera y anular el segundo, no por la voluntad del régimen, ya vista, sino por la de la inmensa mayoría del país que contra el espíritu de ellos en todas las formas se había exteriorizado, y sin que el poder público se convirtiera en factioso, no podía prevalecer el anhelo de una insignificante minoría. Por eso y sólo por eso fracasaron aquellos intentos anticlericales, aquellos propósitos de tiranizar la conciencia católica del país, posibles donde existe una masa corrida por la indiferencia, que aun no pidiéndolos, ni deseándolos, los tolera, irrealizables donde hay pueblo creyente dispuesto á rechazarlos.

Y son ciegos los republicanos que no lo ven así. Hablan de triunfar ellos—como rayano en la imposibilidad—y se guardarían mucho de oprimir la conciencia de los católicos al de veras desear conservar la República; porque por la corona ó por el cetro, acaso, juzgando la prescripción merecida, pocos saldrían de sus casas; pero por la cruz, seríamos

más miles que millones los que nos echaríamos á las calles y demostraríamos una vez más que los católicos españoles nos bastamos y sobramos para derrocar la tiranía.

Miguel Peñafór.

DOS BENDICIONES

Los católicos del Arzobispado de Toledo acaban de recibir, por conducto de nuestro Emmo. Prelado, una bendición del Romano Pontífice, con motivo de la felicitación mandada el día de San José. Dice así:

«Roma.—El Santo Padre ha agradecido vivamente el devoto filial homenaje y los augurios onomásticos de V. E. Al darle las gracias de todo corazón, le concede con especial afecto la Bendición Apostólica, extensiva al Clero y fieles de toda la Diócesis.—Cardenal Merry del Val.»

OTRA

Pueden obtenerla los fieles que acuden, después de recibidos debidamente los Sacramentos de penitencia y comunión, á la Catedral mañana, á la terminación de la Misa solemne.

Apunte histórico.

Con motivo del nombramiento del Sr. Tormo (D. Elijas) para la Junta Superior de Escavaciones y Antigüedades, alguien ha recordado un incidente ocurrido poco tiempo hace, en los pasillos del Senado.

Conversaba un Senador con el excelentísimo Sr. Conde de Orgaz sobre la reciente venta de cuadros de Velázquez, hecha para el extranjero por el Sr. Conde de Toreno, cuando acordó á pasar por allí el dicho Sr. Tormo, que tan partidario se muestra á veces de la conservación de las riquezas artísticas patrias. Entonces el Sr. Conde de Orgaz, dirigiéndose á él, en tono de reconvencción, le dice: Sr. Tormo, ¿cómo es que no truena usted ahora contra esa venta de joyas tan preciadas como lo hace en otras ocasiones? Si se tratara de una venta hecha por la Iglesia ó personas eclesiásticas, ¿hubiera indudablemente metido ya mucho ruido.

El Sr. Tormo, no teniendo razones que contestar, dió media vuelta y se entró en el Salón. La advertencia del Sr. Conde de Orgaz sería tal vez dura; pero estaba fundada en la verdad y era contundente.

Selección.

A la Virgen del Valle.

En las noches romanas del mes de mayo, cuando el viento levanta las cenizas, una lluvia de diademas de colores.

Y, en aquella del invierno noche fría, sería y fría, los rufianes silenciosos, desahucando en la noche, de sus ópticos cuartales los más ricos en bronce, van riendo á sus ecos en su salvaje algarabía.

Al hacer el sol, indiente, majestuoso, del abismo misterioso, un momento se detiene; y, al mirarle, en su embudo se luz bella se salda con un beso.

Y, en la tarde, cuando alíen como marea, tembla y liera; llora y tiembla porque quiere ver tus ojos, y, al mirarlos, se su abismo se incorpora.

Muchas veces he estado; yo he sentido arrobamiento en un sober contemplación tan bella; yo he llorado al despedirme...

En mis sueños te contemplo mi anhelado sobre el arco pedregal de tu morada, envuelto en el fulgor de tu mirada la ciudad;

el azul puro del cielo coronado en alta frente; y, á su lado, la Imperial Ciudad bulirte de filanes de tu amor la peregrina lumbraria.

Siempre, siempre estar soñando yo quisiera y, ahorrado, en balneario en mi ilusión; y vivir mi vida entera en la mística embriaguez de tu visión...

EN YÍO

Virgen santa, madre mía, que al canto de la pobre lira mía que te canta.

Emilio Montero Sánchez.
 Gijón, Marzo 1912.

Digno de alabanza.

Seguendo la tradicional costumbre de familia, la Srta. Pilar Cruz y Barba ha regalado un bonito paño de nipa, delicadamente bordado, y que ayer tuvimos ocasión de admirar en la Procesión del Santo Entierro, en manos de la Dolorosa, del paso llamado de El Descendimiento.

Tiene bordados en el centro y en los bordes, que me recuerdan y me recuerdan al galo de la bisabuela de la Srta. Pilar. Estos recuerdos de familia y estos actos de generosidad y devoción, deben imitarse y son dignos de alabanza.

Un Sábado Santo de mi vida.

HISTÓRICO

Era yo niño, allí en la ciudad de San Juan de Puerto Rico. Una tarde, al salir del Colegio de los Padres Jesuitas, fueron varios muchachos á jugar á la cercana plaza de Santo Domingo, y uno de ellos, llamado Luis (siento no recordar su apellido), dejó los libros en la tienda de comestibles que había enfrente del Colegio, al dependiente de ella, que era un joven de veintitantos años de edad, de nombre Samuel Neter.

Al concluir el juego, fué Luis á recoger sus libros, y el dependiente le dijo:

—Ahí los tienes, pero déjame éste que he empezado á leer y me gusta mucho; mañana te lo devolveré.

—¿Y yo, cómo voy á estudiar la lección? Si es la Historia Sagrada, y bueno es el Padre Picazo para que me vaya á clase sin saberme la lección.

—Pues yo no te devuelvo el libro hasta que me lo lea de cabo á rabo. Es la historia de mi pueblo, y me interesa mucho, pues yo no tenía más que vagas noticias de ella.

—¿Pues de qué pueblo es usted? le preguntó Luis.

—Soy judío. El chico se quedó estupefacto, y lleno de terror, se marchó sin recuperar el libro.

Al día siguiente, antes de entrar en clase, le refirió al Padre Picazo lo que le había ocurrido.

—¿Con que dice ese joven de enfrente que es judío?, replicó el Padre. Bueno, ya hablaré yo con él luego. Puede ser que hayas hecho sin saberlo una obra buena. En gracia de ella, te dispenso hoy la lección.

Por la tarde, en cuanto salió, fué á avistarse con el dependiente y enterado de los deseos que tenía de conocer la historia de su pueblo, le dijo:

—¿Quieres que yo hable con tu principal y le pida permiso para que todos los días, á una hora que se convenga, puedas ir al Colegio, y que yo te

explique detalladamente toda la historia de tus antepasados? Ya verás qué hermosa es; ese librito, como verás, no es más que un compendio propio para niños, y yo lo te puedo enseñar con muchísimos detalles.

—Con mil amores—dijo Samuel—vivos deseos tengo de conocerla, pues siendo muy niño salí de la Alsacia, en donde nací, en compañía de unos parientes, para Buenos Aires; y he ido rodando por diferentes países de la América del Sur, siempre dedicado al comercio, y sin más estudios que las reglas de interés, descuento, compañía, aligación y conjunta, y algo de teneduría de libros, que hasta ahora, ha sido mi religión, y se puede decir que no tengo ninguna, porque en ninguna parte he encontrado ni rabinos que me la expliquen, ni sinagogas donde practicarla; y, por fin, he venido á esta Isla y á esta tienda, en donde sirvo á este principal con entera satisfacción suya y mía.

No tardó el Padre Picazo en visitar sus deseos, quien quedó sorprendido al saber que tenía por dependiente á un israelita, pues nunca se lo había santas conferencias del venerable Jesuita, que antes del mes, ya le pedía el catecismo con ansias que lo bautizase. Que él quería ser cristiano, pues convencidísimo estaba de que todas las profecías se habían cumplido. Que era una temeridad de su raza el no comprenderlo así, que él renegaba de ella, que no quería seguir por más tiempo afrentado con la mancha de decidida.

—Todavía no es tiempo—le decía el Padre Picazo—ya vas conociendo claramente la verdad de la Religión católica; ahora te falta conocer su doctrina. Toma este pequeño librito, y todos los días me vas á dar una lección de memoria y yo luego te la explicaré; y le dió un catecismo de Ripalda.

Enterado el señor Obispo, que á la sazón era el venerable Capuchino Fray Benigno Carrión de Málaga (1), de la conversión de aquel hebreo, lo llamó á su palacio, lo examinó detenidamente de la doctrina, y convencido de su instrucción y de los vehementes deseos que mostraba de recibir el Bautismo, determinó ser él mismo el que se lo administrase, fijando la fecha del Sábado de Gloria, en que la Iglesia en sus divinos oficios conserva aún la ceremonia del bautismo de los catecúmenos.

Noticioso del caso el Capitán General de la Isla D. Fernando Conto-ner, se ofreció á ser el padrino, y madrina, la señora del Intendente de Hacienda.

Llegó el deseado Sábado Santo de 1801, y la Catedral era pequeña para contener aquella inmensa muchedumbre que llenaba sus naves, impaciente por presenciar tan emocionante acontecimiento.

Llega el momento anhelado, se cierra la puerta principal del Templo. Se acerca el Prelado revestido de capa pontifical y mitra; con rostro grave á la par que risueño, esmaltado por aquella luenga y blanca barba, que siempre usó, como distintivo de la inclita Orden Capuchina á que pertenecía.

Un silencio profundo guardó la multitud; parecía que hasta contenía la respiración. Se oyen unos fuertes golpes

(1) Tío carnal de la Marquesa de Najera, dama inseparable, desde su infancia hasta su muerte, de S. A. R. la Infanta Isabel.